

Quien se prive de la lectura...	Artículo
CARLOS GARCÍA GUAL	Entrevistado
Tulio Demicheli	Articulista
09/08/2003	Diario ABC



Catedrático de Filología Griega en la Complutense, Carlos García Gual intervino ayer en el pabellón de Infantes de El Escorial donde habló de «Mitos y géneros literarios» en el curso «Creación artística e intermedialidad» - vaya palabro - que ha dirigido Román Gubem. A lo largo de su intervención, García Gual subrayó «cómo en Grecia la tragedia y la épica evocaban el mundo mítico y constituían lo esencial en la educación de los ciudadanos. El mito es siempre una historia memorable y tradicional que se presta a ser desarrollada desde los diversos géneros literarios. La épica es la narración popular de los mitos; la lírica

transmite alusiones a los mitos; y la tragedia es su representación escénica. Lo característico de la cultura griega es que la mitología es una referencia constante, con sus héroes y dioses. La mitología es muy importante porque construye nuestro imaginario colectivo, y el imaginario es fundamental en la ordenación de la vida», concluye García Gual su preámbulo a esta conversación que desembocará irremediamente en el mundo contemporáneo.

- ¿Qué función tiene el mito?

- El mito explica el mundo mediante esa rememoración, ese constante tener presentes las figuras divinas y heroicas. Indica que más allá del presente real hay unas historias que justifican la existencia del hombre. Bloomenberg dice que los mitos aportan «significatividad» al mundo. Es decir, hacen que las cosas tengan un significado profundo y humano. Existe el fuego porque Prometeo lo robó a los dioses; los dioses inventaron a la mujer para castigo de los hombres; el sacrificio de Prometeo traería como consecuencia un pacto... Nos dice que hay un significado humano detrás de las cosas. Bloomenberg afirma que los mitos existen para defendemos contra el absolutismo de la realidad. Lo peor para el hombre es pensar que el mundo y la vida no significan nada. Los mitos dan significación humana a lo real.

- En el judaísmo, de donde procede el cristianismo, la intervención divina en el territorio natural suele ser terrible: Dios es innombrable, irrepresentable y nadie puede ver su faz, porque hiere. ¿Ha creado el cristianismo un espacio mítico?

- Sí, en cierto sentido, el cristianismo construye su propia mitología. Ahí están las historias del Antiguo Testamento: Dios creó el mundo en siete días, Moisés recibió las Tablas de la Ley... Construye, pues, una mitología con los grandes relatos del Antiguo Testamento y con la historia de Cristo que nos refiere a un tiempo histórico que se fija. La originalidad del cristianismo radica en que mito e historia confluyen en la narración de los Evangelios. Por primera

vez una mitología se fija en la historia. Lo central en el cristianismo es la idea de un dios cuya acción salvadora se inscribe en una época histórica.

- Volvamos al principio, para ir al final. En el mundo contemporáneo se está perdiendo esa «significatividad» que usted atribuye al mito.

- Hay que decir dos cosas. Primero, que la ciencia y la tecnología hacen progresar la vida, pero no explican sus razones profundas: no dan sentido a la existencia, aunque la hagan más cómoda... Buscar sentido a la vida significa hacer una apuesta más allá de la razón. De ahí que aún quede espacio para el mito. Pensadores como Leszek Kolakowsky hablan de ello. En segundo lugar, vivimos una época muy poco mitológica y en la que uno (sobre todo las generaciones recientes) vive satisfecho con lo inmediato; de la misma manera que se vive con el fracaso de las utopías. Ésta no es una época de «grandes relatos», sino de imágenes muy ligeras, rápidas, una época de consumo y de efectos especiales, pero de pocas palabras significativas. Y eso se nota tanto en el lenguaje de los políticos como en el lenguaje dominante de la publicidad. No es una época de grandes figuras mitológicas, aunque sí haya resonancias míticas, quizá debidas a una cierta nostalgia del mito, que produce mitología de calderilla, como esos personajes del cine y los deportes, del fútbol, pero que son ídolos vacíos.

- La enseñanza ¿puede reinventar ese espacio de significación?

- Marta Nussbaum propone la imaginación narrativa en la enseñanza. Es decir, que en la educación se insista en los «grandes relatos», que se enseñe a los niños a percibir ese mundo fantástico como algo esencial, para compensar ese abuso de la televisión (aunque la televisión pueda ser útil) que destruye la capacidad narrativa. Uno de los defectos más notables de la gente joven es que no sabe contar historias. Contar historias es crucial. ¡La suerte que hemos tenido algunos de haber disfrutado de unos abuelos que nos contaban historias y se sabían versos de memoria! Hay una cosa curiosa y es que los niños sí leen hoy día; los pequeños más que los adolescentes. Deberíamos apoyarnos en ellos. Yo creo que la lectura es una fuente de autenticidad. Invita a reflexionar. Yo recomiendo a los clásicos, esos libros que a lo largo de los siglos nos siguen diciendo cosas; su lectura exige esfuerzo, exige silencio, y es un antídoto contra esta vida trivializada por apariencias, que es lo que ofrece esta sociedad de consumo.

- Y ¿la trascendencia?

- En «Presencias reales» Steiner insiste mucho en la idea de trascendencia, aunque quizá tiene un punto de exageración cuando afirma que tiene algo divino. Yo creo que sí acierta cuando dice que la gran literatura invita a una cierta trascendencia, que puede ser la del humanismo, la de sentirnos comunicados con otras épocas y otros hombres. Las grandes pasiones no las encuentra uno en la vida corriente, sino en la literatura. Haber leído a Esquilo, a Shakespeare o a Cervantes enriquece nuestra vida como no lo hacen muchas experiencias. Vivir es interpretar, toda vivencia es una interpretación. Lo que hace la literatura es ayudarnos a interpretar. Quien se priva de ella, se pierde la riqueza del mundo.